

LA MAYOR PARTE DE LAS NOVELAS DE POLITICA CATASTROFICA DE NUESTRO TIEMPO NO ATRIBUYEN EL DESASTRE A UNA MAQUINA, A LA TECNICA, SINO A LOS FALLOS HUMANOS, A LA LOCURA, AL FANATISMO.

POLITICA FICCION

E. HARO TECGLLEN

ORSON Welles radió una vez en los Estados Unidos «La guerra de los mundos», de H. G. Wells; los auditores creyeron que el reportaje fingido era real y se produjo una gran ola de pánico. Se suele atribuir este espantoso éxito al verismo de Welles y sus colaboradores; podría atribuirse, con más exactitud, a lo inverosímil de la realidad en que vivimos, a la noción de la posibilidad de lo imposible. Vivimos en, por lo menos, dos planos de realidad. Uno es el de la

percepción de nuestros sentidos y el análisis lógico de esta percepción: tiene los límites de la circunstancia de cada uno y de su capacidad de raciocinio. Al mismo tiempo vivimos una realidad de segunda mano, comunicada por otros, difundida por los medios de comunicación que nuestros escasos medios de cultura científica no nos permite racionalizar, analizar, comprender, pero que de alguna manera asumimos y que sabemos que pesa sobre nuestras vidas. No tiene



límites. Esa infinitud y esa imposibilidad de adaptación engendran angustia. En la realidad de los habitantes de Nueva York, en la noche de Orson Welles, estaba perfectamente claro que no había guerra interplanetaria. Pero si la radio se lo decía, es que era posible, y había que actuar como si fuese verdad.

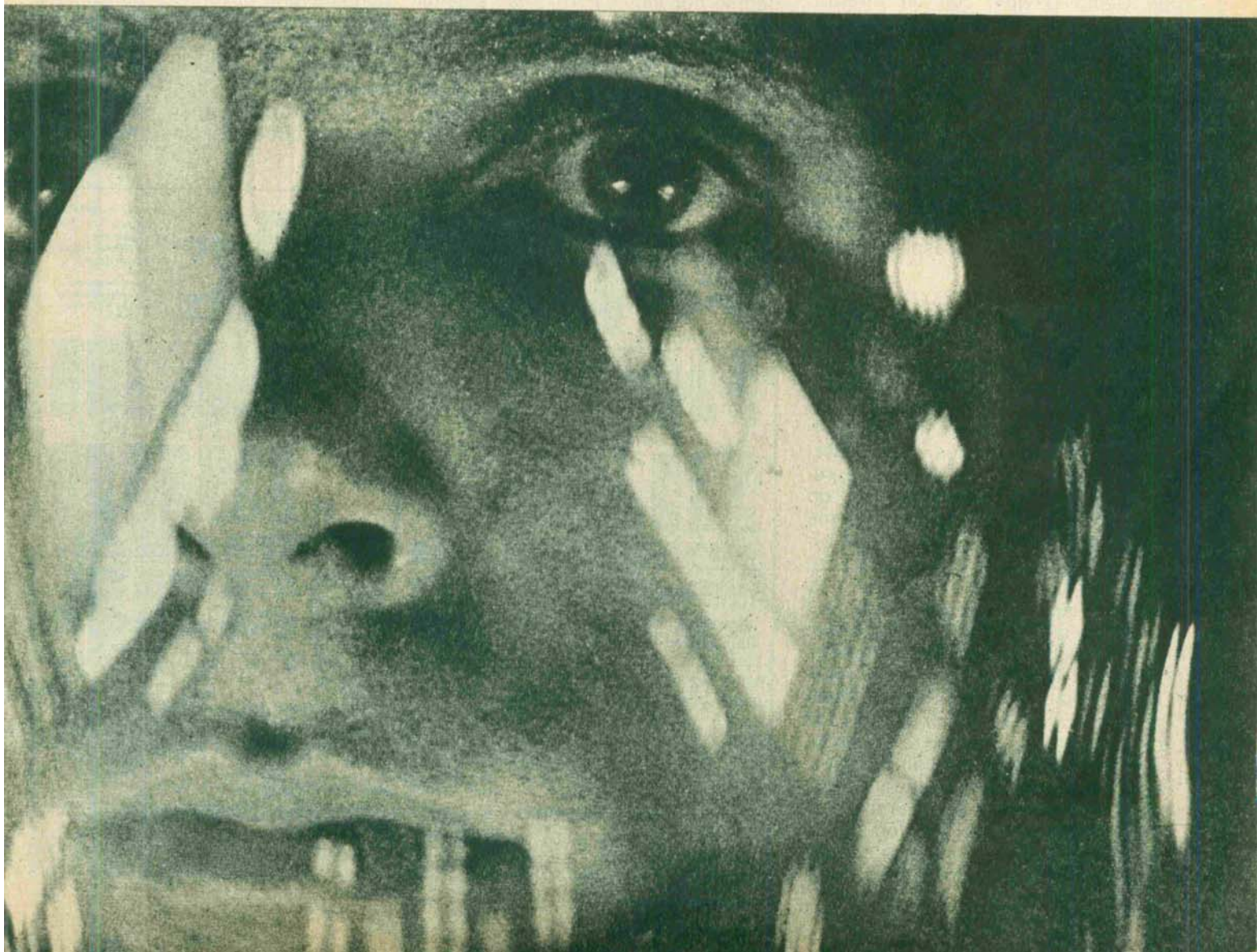
CUANDO, también en los Estados Unidos, Burdick y Wheeler publicaron su novela «Fail Safe» estaba claro que se trataba de una ficción. Pero, ¿hasta qué punto podía convertirse en una realidad? Una avería en un circuito electrónico hacía ver en las pantallas de radar unos «objetos volantes no identificados» —otro de los temas clásicos de nuestro tiempo, los «ovnis», cargados con sus dos polos opuestos de realidad/irrealidad—, lo cual ponía en marcha los aviones de bombardeo nuclear de los Estados Unidos, con la URSS como objetivo. Se comprueba que la alarma es injustificada, pero una de las escuadrillas en vuelo no re-

cibe el mensaje de retirada, atraviesa el punto de seguridad y continúa hacia Moscú: ninguna fuerza la podrá contener, y la destrucción de Moscú y de todos sus habitantes es inevitable, lo cual ha de provocar la reacción soviética correspondiente, y la guerra nuclear caerá sobre el mundo, lo destrozará... Unica salida: el Presidente de los Estados Unidos negocia con los soviéticos y les ofrece que sus armas nucleares destruyan Nueva York como represalia por la de Moscú, sin que la guerra vaya más allá. ¿Puede producirse una situación semejante? «Fail Safe» produjo un cierto escándalo, una cierta conmoción, y el entonces secretario de Defensa, Mac Namara, tuvo que hacer una declaración escasamente tranquilizadora: «Es cierto que puede producirse una guerra atómica por una causa meramente mecánica y accidental, pero hacemos lo imposible para que esto no ocurra». Quedaba en el aire la posibilidad de que el «error mecánico y accidental» se produjese.

LA mayor parte de las novelas de política catastrófica de nuestro tiempo no atribuyen el desastre a una máquina, sino a fallos humanos, a la locura, al fanatismo. Mezclan así los elementos que no se pueden medir por la razón ciudadana: la antigua y temible locura, la nueva magia del poder absoluto de origen científico. El personaje débil suele ser el Presidente de los Estados Unidos. Robert Merle, autor también de política ficción («Un animal doué de raison»: en 1970, los delfines educados por la CIA hacen volar un navío americano con el fin de acusar a los chinos, lo cual provoca la guerra nuclear), cree que dentro del género puede hacerse una gran subdivisión de «novelas presidenciales», como consecuencia de la «angustia planetaria» que procede de que el Jefe de Estado del país más poderoso del mundo esté dotado de poderes «con límites desmesurados, de forma que tiene sobre todos nosotros derechos de vida y muerte».

→

Del film «2001».



POLITICA FICCION

UNA de estas novelas presidenciales es «La noche de Camp David», traducida en francés con el título de «El Presidente está loco». Se supone que el Presidente es una especie de «Dr. Jekyll y Mr. Hyde»: en público es sonriente, bondadoso, pacifista; en privado, un loco peligroso que va como una flecha hacia la dictadura mundial, conseguida tras una guerra. En «Siete días en mayo» —de Knebel, como la anterior— es un grupo de fanáticos, de «ultras», los que tratan de eliminar al Presidente, de índole pacificadora y abierta, para utilizar la fuerza. En «68», de Peter Scaevola, el tema eran las elecciones presidenciales de 1968, que llevaban al poder, por su mecanismo peculiar, a un hombre también doble, como el de «La noche de Camp David», con un interior en el que se alberga, como gran ilusión y gran designio, la guerra nuclear. «El gran miedo de 1989», de Max Laugham, es el relato de cómo un Papa —Juan XXIV— vuela a China para comunicar que los Estados Unidos tienen ya preparada la guerra nuclear contra los chinos y pedirles que moderen y vigilen todos sus actos de forma que no den el pretexto que se está esperando en Washington.

COMO se ve, la novela política es catastrofista. Supone la inversión de lo que antes se conocía como «utopía». La utopía «encierra ciudades radiantes en las estructuras represoras de las civilizaciones tradicionales». (Jean Servier, «Historia de la utopía»): rechaza un presente angustioso, un «aquí» angustioso, recoge todos los viejos sueños de Occidente, los organiza. Expresa una cierta confianza en que «volviendo a empezar» se podría llegar al objetivo de la felicidad común. Incluso ha dado origen a algunos intentos —inevitablemente fallidos— de fundar «utopías», como las misiones de jesuitas del Paraguay o las creaciones de falansterios intentadas por algunos socialistas de los llamados justamente «utópicos». La utopía tiene aún una existencia diaria: toda doctrina política, toda religión, tiene una parte utópica, y quienes se adhieren a ella trabajan, dentro de lo

que les es inteligible, por el imperio de su utopía, que, en esquema, no es más que la destrucción definitiva del Mal, el triunfo definitivo del Bien.

PERO la política-ficción de nuestro tiempo no describe esa ciudad soñada, sino, por el contrario, un tiempo siniestro. No es utópica, es ucrónica, es decir, la vaguedad geográfica, a la imposibilidad de localización —**u-topos**—, queda sustituida por la imprecisión temporal —**u-cronos**— en el sentido de que a pesar de emplazarla en un tiempo por venir o en un tiempo aparentemente localizado —como algunas de las que quedan citadas, como el «1984» de Orwell— se trata de un tiempo paralelo al nuestro, pero que puede ser el nuestro. La **anticipación**, término que se suele considerar prácticamente equivalente al de ciencia-ficción, es absolutamente falsa en la novela política, es una concesión simple y formal al realismo: puesto que esto no pasa, puesto que se sabe que no ha pasado nunca, situémoslo, para hacerlo verosímil, en un tiempo por venir. Pero, ¿hay alguna garantía de que en realidad no esté pasando en este mismo momento, alguien puede decirnos si en este momento Mao Se-Tung no sufre de un ataque de demencia senil o Nixon de una parálisis general progresiva

que nos lleven a la catástrofe nuclear en el tiempo de diez minutos? ¿No estará en estos momentos fallando un computador decisivo en una base nuclear? Cualquiera examen de lo que ya ha pasado no puede hacer más que establecer bien la inquietud. ¿No han caído ya por accidente algunas bombas nucleares, no podrá ocurrir que la próxima que caiga así estalle? ¿No fue asesinado el Presidente Kennedy cuando iniciaba una campaña de apaciguamiento? Stalin tenía poderes omnímodos, disponía de vidas y muertes, de guerra y de paz, pero las excesivas alabanzas «le trastornaron la cabeza» (dice la historia oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética), es decir, ya ha habido un gran amo del mundo que se volvió loco...

ANDRA Amar define la política-ficción con estas palabras: «Se trata de una historia hecha con acontecimientos imaginarios, dentro de una situación política real, y que, por consecuencia, detecta y desvela las estructuras de esa situación». «Gulliver» era exactamente una novela de política-ficción, que se entendía plenamente en su tiempo, en su contexto y mediante el conocimiento de la personalidad patética y alucinante de su autor, Jonathan Swift; pasadas sus circunstancias, queda sólo

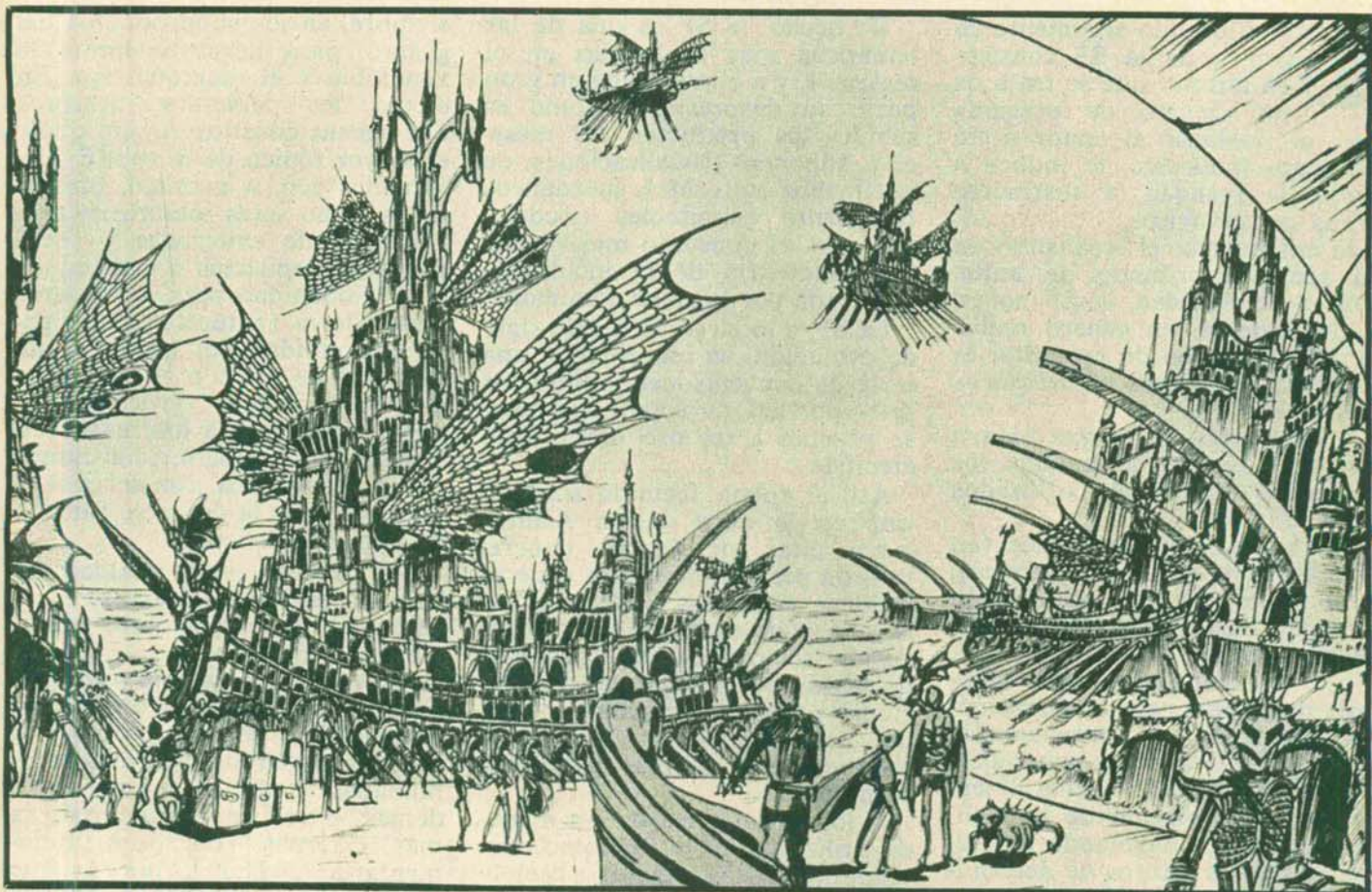
Descriptio Oppidis Beatae Mariae Virginis a Candelaria apud Indas Guaranicos

Explicatio . notarum
 I Templum
 II Coemeterium
 III Aedes Parochialis
 IV Officinae Oppidis
 V Hortus
 VI Domus Vidorum
 VII Forum quadratum
 VIII Status B. V. Mariae
 IX Duo Jacella

Nomina Oppidorum Guaranicorum Candelariae Oppido forma similium cum numero capitum ex censu An MDCCLXXII

Ad Parvam Flumen	Capita	Candelaria	Capita	Ad Flumen Virguay	Capita	SS Martyres	Capita	S Thomas	Capita
S Ignatius Loyola	1226	S Anna	4554	S Iosephus	2122	S Nicolaus	1662	S Franciscus Borgia	2583
S Maria de Fide	5957	Laurecium	7162	S Carolus	2567	S Iulius	5353	S Crux	3243
S Rosa Lirmana	2245	S Ignatius Misa	5106	S Iosephus	2122	S Laurentius	1242	Yapeyu	7974
S Iacobus	2822	Corpus Domini	4387	Conceptio	2839	S Michael	3164	Ad Silvas Tanama	2017
SS Cajus et Damianus	2337	Iesus	2567	S Maria Mater	1475	S Iuanes Baptista	3721	S Iohannes	2300
Yapua	2189	Trinitas	2866	S Franciscus Xavier	1727	S Angelus	2362	S Stanislaus	2300
									Summa totali 93187

LAS REDUCCIONES DE LOS JESUITAS EN PARAGUAY CONSTITUYERON UN INTENTO DE LLEVAR A LA PRACTICA UNA «UTOPIA». EL GRABADO MUESTRA LA REDUCCION DE CANDELARIA PARA LOS INDIOS GUARANIES.



LA POLITICA-FICCION DE NUESTRO TIEMPO NO DESCRIBE LA CIUDAD SOÑADA, SINO, POR EL CONTRARIO, UN TIEMPO SINIESTRO. NO ES UTOPICA, SINO UCRONICA. LA FOTO CORRESPONDE AL COMIC «LONE SLOANE».

la parte novelesca, buena para los niños. Arranca de ella la gran línea anglosajona de la política-ficción, que es la que da la vuelta a las utopías y nos entrega al mundo negro: a «La guerra de los mundos», de Wells; a la sociedad donde los revolucionarios y los confidentes se entremezclan, de «El hombre que fue jueves», de Chesterton; a las descripciones contemporáneas de Orwell, de Huxley y, finalmente, a James Bond de Fleming.

JAMES Bond tiene, como Gulliver, una parte de gran fábula que atrae, una parte de héroe-imagen que identifica al pobre lector, una parte de «snobismo» que divierte, pero tiene el fondo terrorífico de la política-ficción en la descripción de unas fuerzas misteriosas que tratan de dominar el mundo, cuyo origen fluctúa según la época de las novelas: generalmente, el terror que produce Ian Fleming tiene un rostro comunista o nazi... Entra en la serie inagotable de la política-ficción popular, muy distinta de la comentada anteriormente. Las novelas citadas tienen una cierta envergadura literaria; las novelas populares, las películas de masa no son analíticas, no aceptan la función de crítica

política. Si aquéllas desmenujan, como reportajes, el principio dramático de la concentración del poder en un núcleo de hombres o en un solo hombre, y el sistema que hace posible el accidente, éstas, como género menor nacido del otro, no pierde el tiempo en análisis de verosimilitud y busca de datos, sino que se basa en los típicos elementos míticos de fuerzas oscuras, de conspiraciones internacionales, y vierte la «angustia planetaria» en una división folletinesca simplista de malos y buenos, de amigos y enemigos, y, generalmente, no vacila en la designación del enemigo. Es curioso señalar que esta mercancía no suele tener problemas aduaneros de censura, lo que no sucede frecuentemente con la otra. Recordemos «The War game», de Peter Watkins, film de escenas terriblemente desgarradoras, reales, y representan las más horribles formas de muerte radiactiva, el desorden, el saqueo, los pelotones de ejecución, la cobardía colectiva... «The War game» estaba destinada a la televisión británica, que la rechazó. Su autor la convirtió en película de salas normales y tuvo dificultades para obtener la licencia. Algunos países de Europa la han prohibido.

SIN embargo, aun tratando de denunciar y criticar el sistema o los fallos del sistema, aun escritas desde el otro lado del espejo del poder y de la guerra, todas estas obras contribuyen notablemente a una función de terror y a una solidificación del mito político. Cargan la guerra a la cuenta de un error mecánico, de una locura o de un incidente imprevisible, o de ese gran tópico de nuestro tiempo que es el «orgullo satánico» del sabio, que ya organizó en su famosa trivialidad, «Fausto», el político Goethe: el sabio, como elemento satánico, y el diablo, «Mefistófeles», como «un espíritu que dice no», con lo cual se arrojaba al infierno a todos los inconformistas, a todas las oposiciones del mundo, a todos los que intentan discriminar entre lo vivo y lo muerto de las sociedades vigentes. El tema sería, sin duda, el de «Frankenstein» de Mary Shelley, en un momento de descubrimientos científicos: el hombre de ciencia, si no tiene límites, produce monstruos. Pero, ¿no era ya el tema de Prometeo? Es la designación del progreso como culpable y la cómoda adopción de lo establecido, de lo inmóvil, como salvación. ¿De quién, de quiénes? ■ E. H. T.